



La vida con el paso del tiempo en ocasiones te depara gratas sorpresas, y una de éstas me aconteció a mí recientemente, en concreto el reencuentro con alguien a quien yo apreciaba enormemente y al que había perdido la pista hacía muchos años. Esta persona no era otra que Gustav Alberhausen, un alemán nacido en Aschaffenburg pero que pronto abandonó su Baviera natal para instalarse en España. Yo le conocí en un pueblito de Extremadura donde viví del orden de unos diez años debido a que mis padres, ambos funcionarios, estuvieron destinados allí durante un tiempo.

A pesar de ser muy pequeño, así como de la diferencia de edad entre nosotros, enseguida me cautivó Gustav, quien era vecino nuestro, tenía un carácter afable, sabía de todo y estudiaba todo cuanto le rodeaba. Ejercía varias profesiones a un tiempo, realizaba encargos de ebanistería en una gran nave que tenía, también trabajaba el metal y hacía traducciones del alemán al español. Me encantaba verle trabajar, me pasaba horas cuando salía de clase contemplándole en su taller: veía embelesado cómo tallaba la madera, cómo encajaba muebles, cómo los reparaba, cómo utilizaba la forja para dar forma a las piezas de metal, e incluso disfrutaba mientras se devanaba la cabeza intentando buscar traducciones lo más precisas posibles. Toda mi contemplación la llevaba siempre en silencio: ni yo le interrumpía ni él me preguntaba nada, simplemente

él trabajaba y yo miraba, ambos nos sentíamos cómodos en aquella situación.

La astronomía le apasionaba, y en ocasiones me llevaba por la noche a observar las estrellas anotando todo lo que le llamaba la atención. Con dichas anotaciones elaboraba cuadrantes, así como proyecciones virtuales que le guiaban a determinados sitios. Esto no se lo conté, según me dijo, a nadie más que a mí, puesto que sabía que nadie le creería ni le entendería. Yo sin embargo no dudé jamás de sus arriesgadas teorías, y como premio me otorgó el ser testigo de sus increíbles hallazgos.

Había dos vecinos de la zona que se encontraban desahucados. Ambos eran agricultores y estaban atravesando un mal momento, ya que por aquel entonces vino una sequía muy grande que arruinó sus cosechas durante varios años consecutivos. Llegado esto a oídos de Gustav, quien siempre fue una persona de una bondad infinita, se ofreció a ayudarles: les dijo que él tenía una forma de hallar agua suficiente para sus plantaciones, de modo que puso manos a la obra y yo por supuesto fui con él. Dentro de sus observaciones celestes su debilidad eran las enanas marrones, unos objetos que se encuentran a mitad de camino entre ser estrellas y planetas gigantes. Después de infi-

nitos cálculos referenciados en sus anotaciones, elaboró una proyección en una estrecha franja de tierra que cruzaba la comarca y que bajo ella existía una corriente de agua a diferentes profundidades. Gustav informó a los dos agricultores dónde y a qué profundidad tenían que perforar para hacer sendos pozos. Una vez hecho esto encontraron un cauce de agua ilimitada. A día de hoy sus hijos siguen cultivando aquellos campos, siendo los más fértiles de la provincia.

Cuando me reuní con Gustav, el cual para mi sorpresa a pesar de los años transcurridos no había envejecido mucho, le hice saber que el año anterior me había pasado por el pueblo comprobando que los pozos que halló siguen rindiendo a la perfección y fertilizando las tierras de nuestros antiguos vecinos. Sonríe al escuchar la noticia, luego estuvimos hablando durante un largo periodo de tiempo para posteriormente intercambiarlos los teléfonos y no perder el contacto. Le conté que me había hecho funcionario del Estado, él por el contrario me dijo que ahora vivía en Girona, donde diseñaba planos para un estudio de arquitectura. Carecía del título oficial, pero actuaba como aparejador. Jamás conocí a nadie que estuviera a su altura.

**HISTORIAS INCREÍBLES** es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



## Blanca y nostálgica Navidad. Un recorrido por recomendaciones



La Navidad es, más que una época, una estación más, por lo que hay cinco. ¿Algún año empezarán en agosto? Quizá todo nos lleve a habitar en esa ciudad llamada Christmas Town que salía en la magnífica **Pesadilla antes de Navidad** (1993). Conviene repasar cierta literatura y fantasmagoría fílmica que aborda la Navidad mientras nos preguntamos si la concejalía villaverdiana dejará a los vecinos hacer cabalgata o no.

### Películas:

**De ilusión también se vive** (1947) de George Seaton. Una magnífica película con Santa Claus, la ilusión de una niña y unos grandes almacenes. Merece y mucho la pena el visionado de una cinta que es, ante todo, una buena muestra de cine navideño sin recurrir a los tópicos.

**Plácido** (1961) de Luis García Berlanga. Obra maestra absoluta. Lo curioso es que a lo mejor las nuevas generaciones no reconozcan esa Navidad. Es, quizá, la mejor película española de la historia, con permiso de algún título dirigido por Fernán-Gómez. Esa Navidad berlanguiana en la que resuenan villancicos, angustia, comedia y

disección social... ¿cómo sorteó la censura? Genialidades que en ocasiones suceden. No se llevó el Oscar porque Bergman estaba, pero en esta ocasión Bergman no lo ganó merecidamente. Es una película que cada vez que se vuelve a visionar el resultado es mucho mejor. Eterno Berlanga.

**Tres padrinos** (1948) de John Ford. Es un *western* que ya rodó. ¿Por qué se hizo un *remake* a sí mismo? Es una delicia. ¿Son los Reyes Magos? ¿Y por qué no? Véanla y juzguen. Ford nunca decepciona. ¿Cuántos cineastas hay que pasaron de un modo tan natural del mudo al sonoro? ¿Por qué cada película de Ford gana con el tiempo? Otra suya navideña es **La taberna del irlandés** (1963), para aquellos que no sepan que otra Navidad es posible.

No hay que olvidar el cine de José Luis García y cómo la Navidad tiene una relevancia en muchos de sus títulos. Quizá esto obedezca a dos razones: su amor por esa fecha del año o que nunca la ha filmado como él quería. Merece la pena dejarse balancear por ese Madrid navideño de los 80 con la música de Jesús Gluck en las tres partes de **El Crack**, o

en **You're the one** (2000) o **Tiovivo C. 1950** (2004).

En cuanto a **libros**, a los ya mencionados el año anterior debería señalarse un pequeño cuento de José María Merino titulado **El carbón de los Reyes Magos**, que editó en el 2018 de forma magistral Reino de Cordelia. En apenas 46 páginas con las ilustraciones —dignas de camisetas— de Raúl Arias sucede una noche de Reyes sublime. ¿Cómo sería pasar tal acontecimiento? El texto de Merino invita a pensar en una posible adaptación cinematográfica. ¿Por qué no?

Aunque ya se habló del mismo, conviene volver a recomendar **La puerta de las estrellas** (2022) de Ingvild H. Rishoi. La vida de las hermanas Ronja y Emili es un texto que, también, como sucede con el cine de Ford y de Berlanga, va ganando con el tiempo. Historia cruda y emotiva que se lee de un tirón. Hay algo muy emocionante en ella. Sus diálogos, sus descripciones, su crudeza, su melancolía y la entrega que se dibujan en el mismo consiguen que sea algo muy cercano a una obra maestra.

**La Navidad en Pemán** está compuesto por una serie de artículos, poemas y cuentos, todos ellos dedicados a la Navidad. Resulta muy original la composición del mismo y no es nada previsible en su propuesta. **El humanismo en Navidad**, **la Navidad en Andalucía**, etcétera.

**El regalo** de O. Henry es un clásico que no puede fallar y que conviene leer sin haberse documentado con anterioridad. Del mismo modo, nunca falla **Cuento de Navidad**. Cada vez uno es más consciente de todas las historias que parten del texto de Dickens ¿O no, Sr. Tim Burton?

Si antes hemos mencionado a José Luis García como director, no hay que olvidarle como creador de cuentos navideños. El mejor, sin duda alguna, se encuentra en **Insert Coin**. Encuéntrenlo. Y bueno, ya se sabe que aquellas Navidades, sí, aquellas, no volverán, pero vendrán otras.

## La vis cómica QUE TENGÁIS UN NUEVO AÑO DE CINE

